

editorial

---



## Enseñar religión en BUP

*Hace poco tiempo que se han estrenado las nuevas programaciones para la enseñanza religiosa en Bachillerato. Algunos educadores las han recibido con entusiasmo no disimulado por entender que en ellas estaba patente el deseo de situar a la clase de religión a la altura que pedían las circunstancias; otros, sin embargo, han visto con cierto desagrado cómo se rebajaba el contenido «vivencial» y «catequético», con perjuicio, según ellos, para la verdadera formación o educación en la fe; otros, quizá los más, han aceptado los hechos como algo impuesto e inevitable, sin entrar a juzgar demasiado su oportunidad, ventajas o defectos.*

*No es nuestro intento, en este número de Sinite, hacer, de momento, una revisión crítica ni en cuanto a objetivos, contenidos o métodos ni, menos aún, acerca del sentido de la propia programación, es decir, del sentido de la nueva enseñanza religiosa escolar, de sus objetivos y especificidad. Tan sólo intentaremos ofrecer una lectura de los programas, preferentemente teológica, aunque no se descarta la crítica y la valoración de «los programas»; en el fondo, cada una de las visiones de los contenidos teológicos de los programas suponen una lectura crítica de los mismos.*

*Estamos convencidos, al menos, de dos cosas: de la necesidad de una enseñanza rigurosa de la fe cristiana para los alumnos y alumnas adolescentes en el BUP y de la dificultad que, en no pocas ocasiones, esto supone. Con respecto a lo primero, hemos de afirmar que la enseñanza religiosa, especialmente en los centros educativos cristianos, no se reduce tan sólo a una enseñanza rigurosa de la fe —o de los contenidos teológicos básicos—, al modo de una asignatura más, pues la especificidad de la fe cristiana, aun como materia de enseñanza, sobrepasa con mucho al mero aprender, a la adquisición de conocimientos sobre la fe. Por su misma naturaleza, la enseñanza religiosa escolar interpela a la conciencia del creyente-alumno no menos que a su*

inteligencia; descubre realidades cristianas que van más allá del mero aceptar «al modo escolar» y, sobre todo, invita a una opción por la fe más lúcida, más consciente y con mejores razones o fundamentos. Creemos, por tanto, que la enseñanza religiosa actual, aunque no se identifique con la catequesis, es una ayuda para la fe ya que, como alguien autorizado afirma «no se trata tan sólo de un saber acerca de la fe, sino de hacer posible la misma fe».

En relación con la dificultad de la clase de Religión, queremos dejar constancia de dos hechos: la preocupación por el cómo y la necesidad de conocer el qué. Contenidos y métodos han estado siempre en una alternancia de preocupaciones en los docentes y hoy no es tampoco banal esta situación que preocupa y que está en el fondo de muchos esfuerzos, preocupaciones y trabajos.

Muchos profesores están seriamente preocupados por el «cómo hacer», especialmente complicado cuando son tantas las limitaciones que —¡todavía!— ofrece el aula como ámbito de enseñanza y el grupo-clase como lugar habitual de aprendizaje; pero la perspicacia, la creatividad y el «buen hacer» de muchos de ellos supera con creces la carencia de medios y los imperativos limitadores de tiempo y espacio. A nosotros, sin embargo, nos ha parecido tan importante o más que el cómo, abordar el qué de la enseñanza religiosa, es decir, el ofrecimiento de los grandes contenidos de las programaciones de los cursos 1.º y 2.º de BUP, leídos, sobre todo, en clave teológica. Juzgamos imprescindible que quienes se presentan como profesores de Religión sean personas que «profesen» su fe, pero, al mismo tiempo, que conozcan profundamente su fe, que conozcan los contenidos de la teología y que reflexionen sobre cuáles de ellos y en qué sentido son más urgentes hoy para contribuir a la maduración de la fe de los alumnos. Ese acercamiento a la realidad de la fe cristiana, a sus fuentes, a las vertientes y a los temas básicos de la fe renovada ya actualizada, es uno de los objetivos que juzgamos de primera necesidad para los educadores.

En este número, nos hemos limitado a los cursos 1.º y 2.º por dos razones: la primera, por la unidad que entre los dos guardan en relación con la visión de los contenidos globales de la fe; en segundo lugar, porque el tratamiento de la programación del tercer curso está hecha en otra clave y porque su desarrollo supondría un número monográfico, por sí sola.

Alguien dirá que, a la hora de abordar el estudio-presentación de las programaciones, es imprescindible hablar o referirse a los alumnos, destinatarios primeros de los contenidos de la fe, y de los profesores; es cierto. Creemos que es imprescindible una revisión de la enseñanza religiosa, en el medio escolar, para los adolescentes, es decir, es urgente valorar críticamente lo que supone —lo que debe suponer— la enseñanza de la religión con unos muchachos y con unas chicas que, en virtud de las características propias de su edad y de las circunstancias ambientales y culturales, están exigiendo una determinada modalidad que quizá no concuerde con la que expone la programación vigente. Pero esto, tanto o más que los supuestamente «expertos»

*en estas cuestiones, es tarea de los propios educadores, metidos día a día en la enseñanza escolar. Y, en este sentido, no estaría de más una investigación en la que el «saber» de unos se uniera con «el saber hacer» y el saber buscar de los otros, para llegar a ofrecer un mejor servicio a los educandos.*

*No obstante lo dicho, hemos preferido —subrayamos una vez más— ofrecer a los profesores de Religión algo así como una «lectura» de algunos de los contenidos de los programas, en la esperanza de que pueda servir de ayuda para realizar con algún medio más, pero sobre todo, con más entusiasmo y alegría la tarea que, sin duda, es tan hermosa como necesaria.*